

Tengo sed
40 días con la Madre Teresa

Joseph Langford, M.C.

© Augustine Institute

Augustine Institute
Greenwood Village, Colorado

Augustine Institute
6160 S. Syracuse Way
Greenwood Village, CO 80111
Tel: (866) 767-3155
www.augustineinstitute.org

Diseño de la cubierta: Lisa Marie Patterson

© 2018 Padres Misioneros de la Caridad, Tijuana, México
Todos los derechos reservados



ISBN: 978-1-7327208-9-3

Library of Congress Control Number 2018965815

Impreso en Canadá

La Madre Teresa, santa Teresa de Calcuta (1910-1997), fundadora de la Congregación de las Misioneras de la Caridad, fue una figura conocida y amada en todo el mundo por su trabajo entre los pobres. Nacida en Albania, entró en el convento de Loreto a la edad de 18 años y fue como misionera a la India, un año más tarde. En 1946, en un viaje en tren a Darjeeling, tuvo un profundo encuentro con Cristo que la guió hacia una nueva vocación de servir a los más pobres. Comenzó yendo a las calles de Calcuta a llevar consuelo y ayuda a los más necesitados. En 1950 recibió permiso para fundar su nueva congregación. Las Constituciones de las Misioneras de la Caridad hablaban de su objetivo como saciar la sed de Jesús sirviendo a los más pobres de entre los pobres, y en todas las capillas de sus hermanas, la Madre Teresa tenía las palabras de Jesús en la cruz —*Tengo sed*— inscritas junto al crucifijo.

El P. Joseph Langford (1951-2010) co-fundó, con la Madre Teresa, los Padres Misioneros de la Caridad en 1984 y fue el autor de *El fuego secreto de la Madre Teresa: el encuentro que cambió su vida* (Planeta, Barcelona 2008). Reconoció en el encuentro de la Madre Teresa con la sed de Jesús y su énfasis en saciar esa sed un poderoso símbolo del amor de Dios hacia cada persona y un camino para experimentar ese amor más profundamente. Las meditaciones reunidas aquí son del texto de sus notas inéditas para el retiro sobre la espiritualidad de la Madre Teresa que regularmente dio tanto a las congregaciones de Misioneras de la caridad como a muchos otros grupos.

© Augustine Institute

Índice

Introducción | La Madre Teresa y la sed de Dios ix

Prólogo

Día 1 | La mujer junto al pozo (I) 3

Día 2 | La mujer junto al pozo (II) 7

I. La dinámica de la sed

Día 3 | Ríos de agua viva 13

Día 4 | El pecado como falsa sed 16

Día 5 | Patrones de apego sedientos 19

Día 6 | Jesús, el sanador 23

Día 7 | La necesidad de fe 26

Día 8 | Reavivando nuestra vida espiritual 29

II. La oración como sed

Día 9 | Venid y veréis 35

Día 10 | Elementos de oración 38

Día 11 | Entrar en profunda oración 41

Día 12 | La importancia de la confianza 45

Día 13 | Crecer en confianza 48

Día 14 | La Eucaristía 51

III. El ejemplo de la Virgen

Día 15 Nuestra Señora de Caná	57
Día 16 Nuestra Señora en el Calvario	60
Día 17 Nuestra Señora en la Iglesia	63
Día 18 Dos vidas, una vocación	66
Día 19 El caminito y la sed de Dios	69
Día 20 El Inmaculado Corazón de María	72

IV. Sed en el servicio de Dios

Día 21 Los secretos del reino	77
Día 22 La zarza ardiente	80
Día 23 La sed de Dios está presente en todas partes	84
Día 24 La caridad y la presencia de Dios	87
Día 25 La compasión, sed continua de Cristo	90
Día 26 Seguir el rumbo de la compasión	93

V. Participar en la sed de Cristo

Día 27 Pedro y la cruz	99
Día 28 Nuestras heridas como sed	102
Día 29 Pobreza y la sed de Cristo	105
Día 30 Sufrir con Cristo	108
Día 31 Rendirse a las heridas de la cruz	111
Día 32 Ofrenda a la sed divina	114

VI. Jesús, encarnación de la sed de Dios

Día 33 El misterio de la cruz	119
Día 34 La agonía de Getsemaní	122
Día 35 Pedro y Judas	125
Día 36 Jesús y Pilato	128
Día 37 «Tengo sed»	131
Día 38 Sábado Santo	134

VII. Sed saciada

Día 39 Serenidad pascual	139
Día 40 El don del Espíritu Santo	142
Epílogo Con los ojos fijos en la recompensa	145

© Augustine Institute

Introducción | La Madre Teresa y la sed de Dios

En su sed, Cristo moribundo busca otra bebida muy distinta del agua o del vinagre. Ahora, en la cruz, Jesús tiene sed de una humanidad nueva, como la que deberá surgir de su sacrificio, para que se cumplan las Escrituras. La sed de la cruz, en boca de Cristo moribundo, es la última expresión de ese deseo del bautismo que tenía que recibir y del fuego con el cual encender la tierra, manifestado por Él durante su vida. Ahora se va a cumplir ese deseo, y con aquellas palabras Jesús confirma el amor ardiente con que quiso recibir ese supremo «bautismo» para abrirnos a todos nosotros la fuente del agua que sacia y salva verdaderamente

—Pope St. John Paul II (General Audiencia, 30 de noviembre 1988)

Jesús es Dios, por lo tanto, su amor, su sed, son infinitos.

El objetivo de nuestra Congregación [Misioneras de la Caridad] es saciar la sed infinita de un Dios hecho hombre.

Las primeras palabras de nuestras Constituciones, el objetivo, «Tengo sed»: ¿estamos demasiado ocupadas para pensar en eso? Las palabras «Tengo sed», ¿tienen eco en nuestras almas?

No sé cuál sed es mayor, si la suya o la mía hacia él.

—Madre Teresa (1950: Instrucciones, 1980: Carta, 1980)

Todos asocian a la Madre Teresa con el trabajo entre «los más pobres de los pobres», una misión que ella inauguró entre muchos pueblos de todos los continentes. Pero pocos

tienen alguna idea de su mensaje real, del oculto fuego que ardía dentro de ella y la urgía a hacer todo lo que hizo con semejante compasión y amor.

El mensaje detrás de toda la actividad misionera de la Madre Teresa es simple pero sorprendente: en la pobreza y en la cruz de Jesús, Dios ha revelado su sed por nosotros y por nuestro amor. Sin embargo, esto es más que simplemente un mensaje verbal; es, ante todo, una realidad que se debe encontrar y experimentar, una y otra vez, cada vez más profundamente.

Cuando Jesús estaba sufriendo en la cruz, uno de los gritos que salió de su boca fue «¡Tengo sed!»* ¿Qué expresa este grito de «¡Tengo sed!»? Lo primero y más importante, expresa la sed de Dios por nosotros. Jesús, hablando en su naturaleza divina, reveló algo sobre Dios que de otro modo no habríamos conocido: que Dios tiene sed de nosotros y de nuestro amor. Pero hablando en su naturaleza humana, Jesús revela también algo sobre nosotros que podríamos no haber conocido nunca: que el hombre es una sed viviente de Dios. El grito «¡Tengo sed!» se refiere a ambos, a Dios y al hombre. Desde la caída de nuestros primeros padres, tanto la sed de Dios por la humanidad como la sed rota de la humanidad por Dios no se han saciado. Dios había intentado ser ahí una comunión saciada continuamente de sed entre él y sus hijos humanos, pero en cambio solo hubo distancia y separación. En el árbol del Calvario, por primera vez desde la comida del aciago árbol del Edén, la sed de Dios y de la sed del hombre se reunieron en completa armonía en la persona de Jesús.

* Jn 19,28.

El grito divino «¡Tengo sed!» resuena a lo largo de toda la historia de la salvación. El Antiguo Testamento es una preparación cuidadosa y magnífica para la plena revelación de la sed del Señor en la cruz. Jesús vino a llevar a plenitud la revelación del amor sediento de Dios ya empezado como un eco lejano de Adán y Abraham. Jesús reúne todos estos hilos de la revelación en él mismo. Esos personajes del Antiguo Testamento prepararon su venida, y, a su luz, podemos ver la plenitud de su significado y belleza.

La creación misma es un derramamiento de la sed infinita de Dios de amar y ser amado, incluso más allá de las fronteras de la Trinidad. Es el fruto de la efusividad divina para compartir este amor. La creación de los ángeles, la del universo material, la creación del hombre y de la mujer, nuestra propia creación única: todas son expresiones de la sed infinita de Dios de amar y ser amados.

Piensa en la sed que parece innata en el universo creado. La creación incesantemente tiene sed de Dios Creador, sin el cual no puede existir. Incluso la creación inanimada es un símbolo de esta sed universal de Dios. Sin embargo, el hombre es el mayor reflejo de la sed de Dios, porque sólo él es creado a imagen de Dios. Si Dios es una sed, también nosotros lo somos: una sed viviente de amar y ser amado.

A continuación, piensa en el pecado original. Dios es vida y cuando nuestros primeros padres apartaron su sed de él y hacia sí mismos, trajeron muerte sobre ellos mismos. Tanto la sed de Dios por el hombre como la sed frustrada del hombre por Dios aumentaron enormemente después del pecado.

Entonces Dios eligió a Israel como símbolo y canal de su sed por la humanidad. Él trazó su camino de restauración, dándoles el gran mandamiento de tener sed de él. Deseos

de amor, sed de intimidad: la oportunidad de conocer y ser conocido por el amado, y compartir juntos la vida.

El vínculo de la alianza establecido entre Dios e Israel lo expresó Dios como su matrimonio con su pueblo. Él escogió el símbolo más completo de la sed de amor mutuo. El Cantar de los Cantares prefigura simbólicamente la boda de Dios y la humanidad; los capítulos finales del libro de Apocalipsis retratan su cumplimiento con las bodas del Cordero.

Cuando la sed de Dios se une con la sed humana, como sucedió en el Calvario, ocurren milagros de gracia y resurrección. Aquí podemos encontrar el secreto de la vocación cristiana: la unión de estos dos tipos de sed en nuestros propios corazones. Con demasiada frecuencia, lo que falta en esta unión deseada de ambos tipos de sed es nuestra propia sed de Jesús. Si nos fijamos de cerca en la Madre Teresa encontraremos que su única característica más sorprendente era —más allá de su caridad y más allá de su celo—, su profunda sed de Jesús. Este es entonces el umbral a través del cual podemos caminar si deseamos profundizar nuestra propia experiencia de la sed de Jesús hacia nosotros, la misma puerta que abrió la sed Dios hacia la Madre Teresa: la renovación y la profundización de nuestra propia sed hacia él. Nuestra sed de Dios es el elemento invisible que completa el misterio del grito de Jesús como Dios y como hombre en el Calvario. Nuestra sed de Dios es el mismo elemento que nos permite recrear la plenitud de ese misterio en nuestras propias vidas. Si deseamos experimentar el poder y vida de la resurrección, ambos elementos deben estar presentes como lo estuvieron en la crucifixión: la sed de Jesús por nosotros y nuestra sed de él.

Jesús desea, tiene sed de nuestra sed de él, no como un simple toque de sentimentalismo, sino como un impulso devorador del alma, a través del cual nos abrimos totalmente a él con confianza y nos rendimos totalmente a él en amor.

No importa lo lejos que yo haya podido viajar en mi conocimiento y experiencia de la sed de Jesús; el único camino para profundizar ese encuentro es renovando mi propia sed de él. Lo que es igualmente importante, mi sed de él es la única forma de saciar su sed. De nuevo, nos encontramos con esta verdad asombrosa: Jesús tiene sed de mi sed.

Esta es esa doble sed, la de Dios por la humanidad y la de cada uno de nosotros por Dios, la que la Madre Teresa experimentó internamente y buscó comunicar a todos los que encontraba y tocaba. El propósito de estas páginas, a pesar de su pobreza humana, es alentarte y ayudarte en tu propio encuentro con la sed de Jesús: un encuentro que puede cambiar tu vida y la vida de aquellos a través de los cuales le tocas cada día.



© Augustine Institute

Prólogo

© Augustine Institute

© Augustine Institute

Día 1 | La mujer junto al pozo (I)

Vino una mujer de Samaria a sacar agua. Jesús le dijo: «Dame de beber... Si conocieras el don de Dios, y quién es el que está diciendo: “Dame de beber”, tú le habrías pedido y él te habría dado agua viva».

—Juan 4,7.10

***Nuestro objetivo es saciar la sed infinita de Dios,
no sólo con un vaso de agua, sino con almas.***

Las almas son inmortales, preciosas para Dios.

—Madre Teresa (Instrucciones, 1983)

La dinámica de la sed divina y humana puede verse con gran claridad en el evangelio de san Juan, en el relato de Jesús y la mujer samaritana (cf. Jn 4,1-30). En este encuentro, Jesús tiene una larga conversación con una mujer de Samaria que ha llegado a sacar agua del pozo de la ciudad. A través de esta conversación, Jesús lleva a la mujer desde una primera experiencia de su sed, hacia la plena conversión y celo.

La Madre Teresa solía decir que estamos hechos «para amar y ser amados». Todo el mundo tiene sed de amor. En este encuentro del evangelio hay una importancia simbólica en muchos de los detalles de la reunión. El pozo de agua simboliza la búsqueda del amor, el lugar adonde la gente va con su sed para encontrar alivio. Samaria, cuyos habitantes eran considerados por los judíos como lejanos de Dios, simboliza una vida errante, pecaminosa. Jesús ha llegado al

pozo y está sentado, cansado. Podemos ver que, incluso antes de comenzar nuestra búsqueda de Dios, incluso en medio de nuestros pecados, Jesús ya está allí esperándonos. Él mismo se ha cansado en su larga búsqueda de nuestro amor.

La mujer samaritana simboliza nuestra pobreza humana. Como samaritana no tenía dignidad religiosa a los ojos de los judíos, y como mujer de la época ocupó una posición social subordinada con poco poder. Podemos verla como representación de la vacuidad, el alejamiento de Dios, y la pérdida de la dignidad humana que ha tenido lugar a través de la sed centrada en uno mismo. Sin embargo, desea el amor y, en su búsqueda, ha venido a sacar agua «en la hora sexta» (mediodía) cuando el calor y, por tanto, su sed, es mayor. En el mismo momento de su mayor necesidad, en el mismo lugar de su búsqueda humana equivocada, Jesús la habla: «Dame de beber...» .

La mujer, al principio, está reticente. Ella responde: «¿Cómo es que tú, un judío, me pide de beber a mí, que soy una mujer samaritana?» (v.9). Ella está expresando nuestras propias dudas y vacilaciones ocultas antes de la invitación de la sed de Jesús: «¿Puede realmente dirigirse a mí? ¿Tiene realmente sed de mí? Tal vez de un santo como la Madre Teresa, sí, ¿pero de mí? ¿Cómo podría yo jamás saciar su sed?»

Jesús nos muestra que «darle algo de beber» no es, en última instancia, nuestro regalo para él, sino su regalo para nosotros. Solo en el encuentro con su sed puede ser saciado nuestro propio deseo de amar y ser amado. La sed de Jesús hacia nosotros despierta nuestra sed de él. Si pedimos, si tenemos sed de él, nos dará otra «agua» mejor que cualquier otra que hayamos encontrado antes: el agua viva de su amor infinito.

«Jesús le contestó: “El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna”» (vv. 13-14). De nuevo, el significado es simbólico. Aquel que sólo busca el amor humano para saciar su sed siempre estará sediento, porque el simple amor humano, especialmente cuando es buscado egoísta o pecaminosamente, nunca puede satisfacer las profundidades del corazón humano. Pero aquellos que buscan el amor en Dios nunca carecerán de él, nunca estarán vacíos y nunca tendrá sed en vano. Cuanta más sed tengan, más les llenará Jesús con su propia sed hacia ellos, que es su amor. Él no necesita medios exteriores para comunicar ese amor: se convertirá en una fuente viva dentro de ellos, siempre creciente, hasta que finalmente se desborde en el cumplimiento de la vida eterna.

«La mujer le dice: “Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla”» (v. 15). La táctica ha funcionado. Por primera vez la mujer expresa su sed de lo que Jesús ha prometido dar. Este es el punto de inflexión en su conversión. Ella había encontrado ya la sed de Jesús hacia ella, pero nada cambió hasta que ella permitió que la sed de él despertara la suya propia. La sed de Dios tocó la sed de la mujer y empezó el milagro de la gracia.

La samaritana dio un paso decisivo hacia adelante. No sólo es ella la que avanza hacia la sed de Jesús, sino que ella está comenzando a hacer que esa sed sea su único deseo. Ella quiere un amor que no necesite ser constantemente repuesto desde fuera. Esto es importante para su transformación. La conversión significa el paso gradual de una sed de Jesús *y de otros* (personas, posesiones, sucesos y circunstancias) a tener

sólo *una* sed: Jesús. La mujer empezó a darse cuenta de una gran verdad: que todos los demás tipos de sed no sólo no logran satisfacerla, sino que agotan su alma. Tener sed sólo humanamente deseca y cansa, aun en medio de la facilidad y el éxito. Tener sed de Dios nos activa y aviva, aun cuando esté acompañada por la fatiga y la prueba.

© Augustine Institute

Día 2 | La mujer junto al pozo (II)

Entonces la mujer dejó su cántaro con agua...

—Juan 4,28

***Hemos sido creados para amar y ser amados,
y Dios se ha hecho hombre para que podamos amar como
él nos ha amado. Él se hace uno con el hambriento, con el
desnudo, el sin techo, el enfermo, el encarcelado, el solitario,
el no deseado... Está sediento de nuestro amor.***

*Madre Teresa (Discurso de aceptación
del Premio Nobel de la paz, 1979)*

Continuemos nuestra meditación sobre el encuentro de Jesús y la samaritana. Después de que ella ha pedido a Jesús el agua que durará, le da una dirección aparentemente aleatoria. «Él le dice: “Anda, llama a tu marido y vuelve”». (Jn 4,16). Al decir esto, Jesús no está buscando una oportunidad para condenar a la mujer. Él la invita a dar un paso final hacia el saciarse tanto de él como de ella, examinando su falsa sed. En primer lugar, ella sólo reconoce su estado general de infidelidad y sed ilegítima: «No tengo marido» (v.17). Pero Jesús responde diciéndole que ha tenido cinco maridos. Él quiere que descubra en detalle la existencia de todos sus falsos tipos de sed, uno por uno, ya que a menos que sean reconocidos y vistos como falsos, seguirán oprimiéndola.

Entonces Jesús le dice: «Y el de ahora no es tu marido» (v. 18). Aquí Jesús la está mostrando que sus falsos tipos de sed

no son sólo errores; son infidelidades en el amor a aquel que es el único esposo del alma. Al aferrarnos a nuestros diversos tipos humanos de sed —nuestros deseos, nuestras esperanzas limitadas, nuestras posesiones, nuestros planes y ambiciones— en un sentido, los «esposamos». Y, en cada caso, Jesús nos recuerda que este «no es tu marido». La sed a la que te has unido no es tu verdadero esposo. Si persistimos en semejantes tipos de sed sin ningún esfuerzo por examinarlos, no solo nos herimos a nosotros mismos, sino al Señor.

«La mujer le dice: “Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo”. Jesús le dice: “Soy yo, el que habla contigo”». (vv.25-26). Es como si la mujer hubiera dicho: «He escuchado hablar sobre ello y he sentido dentro de mí la verdad de lo que dices; y quizá algún día, cuando las cosas estén mejor, cuando la vida sea menos complicada, cuando “venga el Mesías”, entonces seré capaz de hacer algo sobre todo esto. Más tarde». Pero Jesús le está hablando ahora. Ha llegado el momento. El Mesías está aquí. No hay necesidad de esperar a una situación diferente o a un conjunto mejor de condiciones. Jesús está presente incluso ahora para enseñarnos cómo saciar su sed por completo.

Por último, la gracia triunfa en el corazón de la mujer. Ella deja su cántaro de agua: ya no necesita sus viejos tipos de sed falsa, su anterior medio de buscar el amor. Ella ha venido a confiar en Jesús, y en un acto de entrega de su antigua vida con sus muchos tipos de sed, va con alegría a compartir con otros la invitación de la sed de Jesús, una invitación no sólo a creer, sino a experimentar esa sed por sí mismos.

El encuentro de Jesús con la mujer en el pozo nos muestra que cuando Jesús revela su sed por nosotros («Dame de beber»),

está intentando despertar nuestra sed por él («Dame de esa agua para que ya no tenga sed»). Una vez que empezamos a expresar nuestra sed por él, para juntar estos dos tipos de sed, comienza nuestra conversión y nuestra saciedad.

¿Cuál es entonces esta sed de Jesús, de Dios? ¿Cómo se expresa? No es simplemente un sentimiento, aunque puede tocar nuestros sentimientos. Es un deseo de nuestra voluntad y, por lo tanto, siempre nos es posible, ya sea que experimentemos consolación o aridez. Nuestra pobreza innata, nuestra debilidad, todas nuestras necesidades son ya una gran sed. Nuestro ser interior es una sed viva que sólo necesita ser dirigida hacia Dios. Si esto no fuera así, ¿qué esperanza tendría cualquiera de nosotros de responder a la invitación de Jesús? Pero tenemos ya una sed potente en marcha dentro de nosotros. Solo necesita ser purificada, unificada y centrada sobre Dios en Cristo.

Una vez que hemos comenzado a tener sed de Dios, nos hacemos conscientes de muchos otros tipos de sed que pelean contra esa sed, secretos motivos y deseos que no podemos admitir en nosotros mismos ni ser plenamente conscientes de ellos. Como la mujer samaritana, necesitamos el coraje para permitir que el Señor nos señale nuestros «cinco maridos»; necesitamos dejarle que nos revele nuestros muchos falsos tipos de sed para que podamos abandonar nuestros cántaros de agua y luchar por una sed que pueda satisfacernos.

Jesús tiene sed de nuestra sed. Dejemos entonces de lado, como la mujer samaritana, todos esos antiguos cántaros de agua, y, como la Madre Teresa, llenemos el pozo de nuestros corazones con «lo único necesario»: nuestra profunda sed solo por Jesús.

© Augustine Institute

I.

La dinámica de la sed

© Augustine Institute

© Augustine Institute

Día 3 | Ríos de agua viva

En el último día de la fiesta, el gran día, Jesús se levantó y proclamó: «Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, “de su interior correrán ríos de agua viva”».

—Juan 7,37-38

Hijas mías, una vez que habéis experimentado la sed, el amor de Jesús hacia vosotras, nunca necesitaréis, nunca tendréis sed de estas cosas que sólo pueden desviaros de Jesús, la fuente verdadera y viva.

—Madre Teresa (Carta, 1993)

Todo el plan de Dios está contenido en los versículos anteriores del evangelio de Juan.

Para apreciar su contexto, revivamos la escena. Jesús se había ido privadamente a Jerusalén para la Fiesta de los Tabernáculos, una de las tres grandes fiestas de peregrinación del año judío. En esta gozosa fiesta el pueblo judío celebraba la recolección de la cosecha en un festividad que recuerda el deseo de Dios —su sed— de habitar entre su Pueblo en una tienda sencilla («tabernáculo», en griego) durante los cuarenta años en el desierto. Para conmemorar la protección de Dios durante esos años del desierto, los judíos erigían pequeños tabernáculos (tiendas) y simbólicamente vivían en ellos durante la fiesta. La presencia amorosa de Dios en esa jornada formativa de su historia era como agua vivificante y refrescante en el vacío seco del desierto. Él era su agua viva.

La Fiesta de los Tabernáculos comenzaba con siete días de celebración. En el octavo día, el «gran día», como se lo denominaba, se tenía una magnífica procesión, encabezada por el sumo sacerdote. Al empezar la procesión, el sumo sacerdote tomaba una copa de oro e iba a la piscina de Siloé, un embalse de agua refrescante que representaba la curación de Dios y la acción restauradora entre su pueblo. El sumo sacerdote llenaba la copa con el agua de la piscina y la levantaba para que todos la vieran; él guiaría luego al pueblo a través de la ciudad, cantando el versículo del profeta Isaías: «Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación» (Is 12,3).

La procesión marchaba más allá de las murallas de la ciudad, donde el sumo sacerdote, simbólicamente, vertía el agua de la piscina en el suelo seco del desierto. Este gesto representaba no sólo la renovación de Israel, sino la saciedad de la sed de Dios hacia todas las naciones por una efusión universal de las aguas vivas —el Espíritu del Señor— tal como había anunciado el profeta Ezequiel. Todo corazón humano tenía un día que llegar a ser «tabernáculo» para las aguas vivas de Dios.

En esta ocasión, Jesús está presente en la celebración. Solo podemos imaginar lo que pasa en su alma al ver y quizá participar en la procesión. Él sabe que él es el cumplimiento de la fiesta, que él es el enviado del Padre para saciar la sed del hombre hacia Dios y la sed de Dios por el hombre. Él está tan profundamente conmovido por lo que veía, que se levantó y gritó con fuerte voz: «¡Venid a mí todos los que tenéis sed!» (Jn 7,37).

Esta única frase contiene en resumen todo lo que Dios ha querido decir al hombre desde el principio de los tiempos.

Expresa la sed de Dios por el hombre: «¡Venid a mí!». Invita al hombre a centrar su sed en Dios: «Todos los que tenéis sed». Y promete saciarle plenamente con «ríos de agua viva» (Jn 7,38). Jesús mismo es la copa de oro; es él quien derrama las aguas vivas del Espíritu sobre la tierra sedienta de nuestras almas.

A través del simbolismo de la Fiesta de los Tabernáculos, Jesús nos invita a redescubrir, en la historia de la salvación y en su trato personal con nosotros, todas las diversas manifestaciones, anuncios y revelaciones que conducen a la plena revelación de su sed en nosotros y hacia nosotros. También nosotros podemos celebrar esta fiesta en el espíritu. También nosotros hemos sido llamados al desierto, y Jesús ha estado durante mucho tiempo con nosotros, e incluso ahora está despertando en nosotros la sed de aguas vivas.

